

Las gruesas ramas, cuya sombra espesa
De nuestro corazón el sueño encubre,
Alza, y los ojos entornados besa
Del que, dormido sin temor, descubre.

Almas llenas de luto y desconsuelo,
Corazones transidos, fatigados,
Sabed que en medio á tan amargo duelo,
Seréis de nuevo en la existencia amados.

No hay hombre á quien la suerte audaz maldiga,
Ninguno por el mal tan oprimido,
Que no halle un sér que con su voz amiga
A su amor corresponda agradecido.

Un sér que al corazón dormido llame
Como angélica voz en un ensueño,
Y con acento enternecido exclame:
“Dónde has estado oculto, dulce dueño?”

JORGE GOMEZ RESTREPO

Primera conferencia pedagógica

EN LA ESCUELA NORMAL DE SEÑORITAS, DICTADA EL SÁBADO 20 DE MAYO
POR EL DR. DOMINGO A. COMBARIZA, DIRECTOR DE LA NORMAL DE VARONES,
Y DEDICADA POR SU AUTOR AL ILMO. Y REVDMO. SR. OBISPO DIOCESANO
Y Á LOS INSTITUTORES ALLÍ PRESENTES

Ilustrísimo Señor, señores:

Con acierto digno de loa, dispuso el Sr. Director General de Instrucción Pública que se dictasen en este Establecimiento conferencias pedagógicas quincenales, con el laudable fin de estimular los estudios que atañen al mayor desarrollo y progresivo incremento de la instrucción pública, en esta importante sección de la República. Estu-

dios son estos, de los que se preocupan hondamente los pueblos de civilización más avanzada, y con sobra de razón, pues el mayor bien que se puede hacer á una nación, consiste en sacar de la ignorancia al mayor número posible de sus hijos, en llevarles al entendimiento la luz de la verdad, enseñándoles á conocer sus deberes y á que hagan buen uso de sus derechos. De aquí que hombres de alta intelectualidad, hayan consagrado su vida al descubrimiento y estudio de los medios más fáciles y seguros para dirigir con acierto á la niñez y á la juventud, llamadas á reemplazar á las generaciones que se van.

Quiso vuestra mala suerte que el Sr. Director me discerniese la honra de elegirme para dictaros la primera conferencia, y digo mala, porque muchas personas de esta ciudad, de copiosa instrucción y de más merecimientos, habrían podido mejor que yo, que de ellos carezco, iniciaros con lujo y maestría este torneo pedagógico. Sin probabilidades de salir airoso de esta liza intelectual, habría de retirarme de ella corrido y conturbado, á no contar de antemano con vuestra natural indulgencia. No esperéis encontrar nada nuevo en mi desmazalada disertación: sobre asuntos como del que me voy á ocupar, se ha dicho tanto, que á mí no me ha tocado sino espigar en mies ajena, y haciendo uso de los datos que la práctica y la propia observación me han sugerido, presentaros en un solo cuerpo los preceptos que diseminados, aquí y allá, habréis encontrado en vuestros libros de estudio.

De entre la multitud de temas, á cuál más importante, que se han ofrecido á mi consideración, he escogido el de la *autoridad moral del maestro*, para distraer vuestra atención, que me atrevo á reclamar por algunos momentos.

Nobilísimo y de trascendental influencia es el sacerdocio del magisterio: si se meditase con calma en la responsabilidad que entraña, y en el cúmulo de contrariedades que trae consigo, muy de otra manera sería considerado en la sociedad, y muy otros los medios que los que en él

se inician, emplearían para prepararse á ejercerlo con dignidad y honradez. En efecto, cuando se dice maestro, se viene á la mente la idea de algo grande y elevado, y la de que, quienes han recibido el encargo de dirigir el entendimiento y fortalecer la voluntad del hombre, para ponerlo en capacidad de conocer y amar la verdad y practicar el bien, han recibido una misión augusta.

La autoridad moral del maestro es aquel influjo natural é irresistible que ejerce sobre sus discípulos, merced á las cualidades intelectuales y morales que lo adornan, y que van siendo apreciadas por aquéllos á medida que se acentúan sus mutuas y constantes relaciones.

El maestro debe principiar por estudiar el carácter de sus educandos, tratando de fijar las tendencias é inclinaciones que en ellos se manifiesten, ya provengan del temperamento ó del medio social en que han vivido; de formarse, en suma, cabal idea de todo aquello que viene á constituir su idiosincrasia. La bondad y generosidad en el trato y comunicación del primero con los segundos, sirve de poderoso estímulo para que éstos sean ingenuos al darse á conocer, y así empieza á desarrollarse cierto efecto y consideraciones entre uno y otros, que conduce necesariamente á que el maestro se gane la voluntad de los discípulos; conseguido lo cual, ya le es fácil propender por una prudente dirección, según sean la índole y la condición de cada uno de los alumnos.

Es ley invariable, que los conocimientos principian por los sentidos y se perfeccionan luego en el entendimiento; de suerte que los que se adquieren por la sola razón teórica, por la enseñanza oral del maestro, ó por las máximas pedagógicas que se estudian en los libros, no son suficientes para formar la fisonomía moral del alumno; los conocimientos así conseguidos, más fácilmente se olvidan que se aprenden, ya que la misma fragilidad de la naturaleza humana hace que la voluntad se incline más á desoír los reclamos de los preceptos que á atenderlos. De aquí se de-vo

duce que el maestro no debe conformarse con enseñar la teoría moral, sino que debe ser un ejemplo vivo en la práctica de todo aquello que trata de inculcar por medio de la palabra. La voluntad del alumno se guía por el entendimiento, pero su completo vigor y firmeza no se alcanza sino en fuerza de la repetición de actos que constituyen el hábito.

A esta labor del maestro contribuye poderosamente la influencia de los buenos ejemplos que los niños de familias honradas reciben en el hogar. El niño observa con penetrante atención el modo de ser de sus padres y de sus maestros, y es bien sabido que lo que una vez hiere sus sentidos, con dificultad se borra de su imaginación. Pero como en todo procedimiento cuerdo hay que huír de los términos extremos, la práctica debe ser inseparable del conocimiento racional, porque la una sin el otro, como su necesario complemento, puede producir un desequilibrio y extravío de la voluntad, al retirarse el alumno de la acción directa del educador, para dirigirse solo, haciendo uso de su libertad.

Una de las cualidades máspreciadas del institutor debe ser la ecuanimidad, que consiste en la continua vigilancia que debe ejercitar sobre sí mismo, para conseguir, venciendo sus naturales flaquezas, aparecer ante sus alumnos con un carácter siempre igual: si el maestro en clase se manifiesta afligido, fastidiado, cansado ó disgustado, las malas condiciones morales en que se encuentra, producen en sus discípulos tedio, irritación, descontento, y si este estado de ánimo se prolonga por algunos días, hasta brotes de altivez y rebeldía.

Una de las más constantes preocupaciones del maestro debe ser procurar por cuantos medios estén á su alcance, que los alumnos le tomen afición á la escuela ó colegio, de tal manera, que cuando se retiren definitivamente de los claustros, los recuerden como lugares donde se deslizó tranquila y deliciosamente la mejor época de la vida, y no

como asilos donde corrieron las horas negras de la niñez y la adolescencia. Para conseguir este laudable fin, debe procurar ahincadamente fomentar la unión entre los alumnos, alejar de ellos el espíritu de división y de discordia, tratando de que consideren la escuela como un segundo hogar, donde la envidia no tiene asiento y en donde sólo halla cabida el estímulo y una prudente emulación.

Los alumnos que ven que su maestro les profesa afecto sincero y estimación; que trata de conseguir por medios suaves la obediencia y el cumplimiento del deber; que se interesa vivamente por su adelanto; que su trato es culto y afable; que se esfuerza en poner al nivel de todas las inteligencias los conocimientos menos fáciles, y que se empeña en hacer menos sensibles con su cariño la separación de sus familias y la falta de su afecto y consideraciones, necesariamente se muestran más dóciles y sumisos y prestan más atención á las enseñanzas, para corresponder al interés del maestro, quien, una vez captada la buena voluntad de sus alumnos, puede decirse que tiene ganada la batalla y sentadas las bases para el sólido afianzamiento de su autoridad.

Múltiples cualidades ha menester el maestro para conseguir ascendiente sobre sus discípulos: debe avasallar su voluntad, no con órdenes intempestivas y adustas, que antes repelen que atraen, sino por medio de suaves insinuaciones, de modo que aquéllos no juzguen que sus disposiciones son emanadas de capricho ó arbitrariedad, sino resultado de maduras deliberaciones, acordes siempre con la conveniencia general.

Una vez concebida y comunicada una determinación justa y prudente, es preciso que se demuestre energía para hacerla cumplir sin reserva ni contemplaciones de especie alguna; sólo así llegarán á convencerse los alumnos de que el maestro es inexorable en el ejercicio de la justicia. El que siendo de carácter pusilánime, se arredra ante las consecuencias de una determinación bien meditada, y se

deslice de sus mismas disposiciones, viene á convertirse en el hazmerreír de sus alumnos, quienes una vez perdido el respeto que le deben, logran doblegarlo á los caprichos de su inconstancia. El institutor prudente, que sabe unir la suavidad con la firmeza, consigue hacerse amar y respetar de sus discípulos, y que se plieguen al cumplimiento de sus obligaciones, no tanto por temor á la sanción, cuanto por el de perder su cariño y estimación.

Debe poseer diplomacia y tacto delicado para apreciar al primer golpe de vista la oportunidad en que pueda usar de su autoridad; el discernimiento para saber si un acto cualquiera, ó la omisión de él, una palabra, un mandato, son convenientes, oportunos ó inoportunos. Quien atesora estas preciosas prendas, sabe negar sin rechazo, corregir sin lastimar la sensibilidad, exigir sin ostentar imperio y cuándo es más prudente castigar que manifestarse indulgente con las flaquezas de los discípulos.

Si por ventura se muestra inconstante en sus decisiones; si las órdenes que en provecho de la comunidad comunica, las sujeta á frecuentes cambios; si los alumnos notan en él un carácter versátil; si no logra que sus disposiciones aparezcan con un sello impersonal, como emanadas de una convicción sincera, sino como obra de inconstantes impresiones, necesariamente los alumnos le van perdiendo la confianza que deben tener en él, pues ven que no es la justicia la norma de sus actos, sino los brotes impulsivos de una voluntad enferma.

Para que la autoridad moral del maestro tenga fundamentos más estables, es necesario, además, que las familias de los educandos le presten un decidido apoyo; los padres, al colocar á los niños en la escuela ó colegio, transmiten, delegan al maestro, la autoridad que sobre ellos ejercen en el hogar, y, por consiguiente, lejos de manifestarse adversos á las disposiciones de aquél, de oponerse á sus prescripciones, con detrimento de la formación del carácter moral de los niños, deben ser brazo fuerte de él y

servirle como de baluarte, contra las exigencias y caprichos de sus hijos; sólo así los esfuerzos del maestro producirán benéficos y satisfactorios resultados. Y á su vez éste, como representante de los padres, está obligado á guardar con ellos toda especie de consideraciones. Debe tener siempre presente, que no sólo los ojos de sus discípulos, sino los de toda la sociedad, están permanentemente fijos en él, que se le observa y le espía, que las flaquezas que en cualquier otro individuo pasan generalmente inadvertidas, en él se ven como por lente de aumento; sobre todo, debe recordar que los alumnos tienen una penetración poderosa para descubrir la afectación y el disimulo, y que cualquiera cosa perdonan fácilmente, pero no el que se les trate de engañar.

El maestro en su escuela ó colegio, es el único árbitro para dar solución á tantos incidentes que diariamente le ocurren con sus alumnos, sin que las más veces le quede tiempo para reflexionar, porque la solución debe ser inmediata; debe, pues, habituarse á la concepción certera y rápida para evitar disposiciones imprudentes, siempre nocivas á la autoridad, y en ocasiones, de sensibles consecuencias.

Pero si con una vida de abnegación y sacrificio, y con el ejercicio cotidiano de las virtudes, que consituyen al maestro en ejemplar digno de ser imitado por sus discípulos, se ha conquistado la presea de la autoridad moral, no vayáis á creer que puede descansar tranquilo, ella no es inamisible: así como el que estando para coronar una altura, si da una pisada en falso, pierde el equilibrio, y dando tumbos viene á tierra, con terrible fracaso, así el maestro que descuida, siquiera sea por intervalos, la vigilancia sobre sí mismo, que avigora sus energías y evita la flojedad en el cumplimiento del deber, puede producir el descaecimiento ó la pérdida total de su autoridad.

Muchas causas pueden influir, cuál más, cuál menos, para que se menoscabe ó desaparezca: el mal ejemplo que el maestro dé á sus discípulos, es eficiente de la ruina de aquélla: en efecto, si un institutor, en vez de llevar una

vida ajustada á los preceptos de la moral, se aparta del carril que éstos le marcan, y su conducta viene á ser tema de las chocarrerías de sus alumnos y motivo de censura por parte de la sociedad, ¿ á qué deja reducida su autoridad moral? ¿ Con qué derecho va á sus clases á enseñar con la palabra, la honradez y la templanza, por ejemplo, si su honra está enlodada y se sabe que corre desalado tras los placeres de Baco? ¿ Cómo es posible que aquel cuya vida ha sido la fábula de la sociedad en que ha vivido, aspire á ser director de la niñez y la juventud, las más valiosas joyas de la misma sociedad? Tened siempre presente que los alumnos tienen ojos de Argos, para observar la conducta de su maestro, y que sus disquisiciones no se reducen á la vida actual, sino que escudriñan la anterior, y que el día en que en ella descubran un lunar de consideración, se ha desquiciado la autoridad moral. Es por esto por lo que para la labor instructorista, se há menester vocación señalada: es una locura querer convertir la carrera de institutor en simple negocio; quien aspire á dedicarse á esta labor, mire bien que la niñez y la juventud son sagradas, y que antes que al medro personal, debe consultar á la conciencia, para cerciorarse de si puede levantar la frente libre de mancha y ostentar su vida como digna de imitación.

La seguridad y firmeza en el mandar, y en el obrar, son indefectibles en el maestro; la indecisión é inestabilidad en la escogencia de los medios que debe emplear para conseguir el fin que se propone, ó el cambio frecuente de determinaciones, hacen que los alumnos le califiquen de voluble, y en estas circunstancias, ni el rigor ni la suavidad pueden producir los efectos que se apetecen.

Si se alberga en él un espíritu superficial é irreflexivo; si mira con indiferencia los asuntos que exigen seriedad; si se manifiesta ansioso y ávido de informarse de todo; si carece de discreción para no revelar lo que ha de estar oculto, los alumnos le motejarán de frívolo y amigo de niñerías.

Al que es de carácter fácilmente irritable é impaciente, le acompañarán la zozobra y el continuo desconcierto. El educacionista tiene como gajes ú obvenciones, un tejido de contrariedades y disgustos que forman una cadena sin fin: la inconstancia de los alumnos; su mismo natural expansivo y abierto; sus descuidos y travesuras, todo exacerba el ánimo irritable, que se manifiesta, por lo común, con mandatos bruscos é intempestivos, arranques súbitos de mal humor, impaciencia porque la reforma de los discípulos no se realiza con celeridad, y se trata de alcanzarla por medio de castigos excesivos y precipitados. Cuando el maestro llegue por desgracia á encontrarse en un estado de ánimo semejante, debe preferir suspender el acto, hasta que la calma dé lugar á la reflexión; de lo contrario, si obra movido por la pasión del momento, habrá de sentirse luego apesadado y confuso ante los alumnos, quizá solicitando excusas á su precipitación, que lo desautorizan y avergüenzan.

Hay maestros cuyo orgullo se manifiesta por la ironía y el sarcasmo: estas armas en manos de un educacionista, lejos de prestarle algún servicio, lo hieren de rebote y producen consecuencias desagradables: si de la burla se hace uso para ridiculizar una clase entera, el descontento de los alumnos y hasta la ojeriza que puede desarrollarse en ellos para con aquél, puede traducirse en un brote de insubordinación; si se escoge como blanco de la sátira á un alumno determinado para convertirlo en ludibrio de sus compañeros, éstos, viéndose estimulados á la burla por el mismo que debe ser modelo de caridad, inquietan los medios para zaherirlo más á su sabor, y animados con el éxito alcanzado, convierten luego al maestro en víctima de los mismos dardos que con sobra de imprudencia ha puesto á su alcance para mengua de la propia autoridad.

Así como con la lenidad exagerada, la disciplina se entibia ó se relaja, con la práctica rigorista, que consiste en no dejar pasar inadvertida falta alguna, por insignificante que sea, no se consigue sino mantener en mortificante ten-

sión el espíritu de los niños, quienes al observar que lo mismo las faltas ligeras é involuntarias, que las de mayor entidad, les son tenidas en cuenta para la reprensión y el castigo inexorable, se predisponen fácilmente á la simulación y á la hipocresía. Quienes ven que toda excusa, por racional que ella sea, es inútil para cohonestar un acto de descuido ó de natural travesura infantil, concluyen por considerar al maestro, más como verdugo inclemente que como hombre interesado en su perfeccionamiento.

El que aparentando celo, deja á un lado la vigilancia discreta, para tornarse en fisgón de los actos más insignificantes de sus discípulos, concluye por fastidiarlos con esta impertinente curiosidad, que no sirve sino para que los alumnos traten de hacer todo á hurtadillas, y para provocar en ellos la delación, fomentar los chismes y enredos, y para que le vayan retirando la confianza, elemento indispensable para la formación del carácter y la educación de la voluntad.

Maestros hay de índole pusilánime, que se arredran de las consecuencias que puedan tener hasta los actos más inocentes de los niños, y que ansían intervenir en los detalles de ninguna significación; se espantan y atemorizan de todo, y prodigan, para prevenir cualquier desperfecto de la disciplina, mandatos, prohibiciones, prescripciones, todo lo que el miedo cerval les sugiere, y no logran con este procedimiento, sino hacerse insufribles, antipáticos, é impedir el conveniente desarrollo de la iniciativa individual.

Si hemos visto que suele haber institutores que pecan por celo exagerado, en cambio hay otros descuidados y perezosos, bien sea por debilidad del temperamento ó por indolencia habitual, que se presentan á sus clases sin preparación suficiente, y á veces sin ninguna, con el ánimo abatido ó con una negligente indiferencia. Como es de suponer, los alumnos que observan éste á manera de desdén por el cumplimiento del deber, se desalientan, se fastidian,

y no pueden menos de censurar entre sí la apática actitud del maestro.

Hay también algunos, que pudiéranse llamar de conciencia elástica, que miran como cosa que rebaja la dignidad de los alumnos, la esmerada vigilancia, y pretenden que debe confiarse en su hidalguía y caballerosidad, las cuales les inspirarán, naturalmente, el deseo de no apartarse del cumplimiento de sus obligaciones. El maestro es de suyo guardián y conductor de sus alumnos, y en ningún caso, por confianza ciega en la buena índole de éstos, puede poner en peligro su autoridad ni el logro de los benéficos fines para que han sido puestos por los padres bajo sus cuidados y tutela. Esto no implica, en modo alguno, que cuando el buen natural y el conveniente desarrollo de los alumnos lo permitan, no pueda facilitárseles desembarazada expansión, con el fin de irlos acostumbrando á gobernarse por su propia cuenta, como lo harán más tarde, con independencia y libertad de acción.

Defecto capital es en un maestro, la tendencia á conquistar popularidad entre sus discípulos, valiéndose para ello, de medios que el decoro y la propia dignidad rechazan; las dádivas, concesiones y demás bagatelas de que suele hacerse uso para alcanzar fama y ascendiente, no otorgan sino un favor efímero, que se desvanece más fácilmente que se adquiere, á la primera contradicción. La popularidad que se conquista con el continuo buen ejemplo y la estricta puntualidad en el ejercicio honrado del deber profesional, es la única estable y la única á que justamente puede aspirar en recompensa á sus desvelos.

Pero si las causas que he venido enumerando, son parte muy principal para que la autoridad moral desaparezca ó venga á menos, hay una que, á mi modo de ver, influye más eficazmente para ello: colocado el maestro al frente de mayor ó menor número de alumnos, de diversa índole y variada condición social, su flaca naturaleza suele inclinarlo á mirar con mayor predilección á unos que á otros,

predisponiéndose á cierta familiaridad y condescendencia con algunos. Si no se hace un supremo esfuerzo para dominar desde el comienzo esta funesta tendencia, que generalmente se manifiesta por dejar inadvertidas y sin corrección las faltas é indisciplina de los preferidos, resulta necesariamente que, ufanos con la distinción y el afecto de que son objeto, concluyen por tornarse díscolos, indolentes y caprichosos, y si por ventura, fastidiado el maestro con las consecuencias de su desvío del deber, trata de llamarlos al orden, es casi seguro que ha de ser irrespetado y desobedecido. Pero el mal no pára aquí: los demás alumnos que observan la consabida predilección, empiezan á sentirse invadidos por cierta aversión y mala voluntad, rencor ó hasta odio por aquéllos, y tienen al maestro que tal proceder observa, por parcial y apasionado. Las naturales y legítimas diferencias que pueden establecerse entre los alumnos, y la distinción con que se les favorezca, deben proceder de ellos mismos: su buena conducta, su cultura, aplicación y aprovechamiento, son los mejores medios para captarse el cariño y la estimación del maestro; obteniéndolos de esta suerte, nadie tiene derecho para censurar, pues en poder de todos está conquistar tales ventajas, con sus propios merecimientos.

Con mucha razón dice Fleury, que los buenos maestros "están resueltos á hacer vivir á los niños que se les confíen en una atmósfera de buenos consejos y de hermosos ejemplos. Quieren comunicarles no una doctrina, sino hábitos de vivir honrada y útilmente. Ellos entienden que la dignidad misma del maestro, su amor al trabajo, su perpetua buena voluntad, su paciencia á toda prueba, el encanto de su palabra, la simpatía de su persona, la firmeza de carácter, la probidad visible de su enseñanza, persuaden más elocuentemente que podrían hacerlo los sermones, para formar generaciones de hombres verídicos y reflexivos, enamorados del arte puro y de la sana razón, amigos de la lógica, capaces de razonar con exactitud, resueltos á

utilizarse, habituados á la constancia en el esfuerzo, celosos de su libertad propia, respetuosos con las libertades ajenas, conscientes de la noción de solidaridad social, prontos á la lucha armoniosa por la vida."

El tema es amplio, muchas más cuartillas hubiera podido llenar, pero temo fatigar vuestra benévola atención, con mis mal zurcidas frases y mi estilo desaliñado: conferencistas, naturalmente más disertados que yo, y de conocimientos profundos en pedagogía, os presentarán en próximas disertaciones tópicos de esta importante materia, mejor desarrollados y en estilo fluido y correcto; yo no he podido traer aquí sino el concurso de mi buena voluntad, movida por la intensidad del afecto que durante mi vida he profesado á la juventud, para iniciaros este simpático torneo que, á no dudarlo, producirá opimos frutos: el adelanto intelectual y moral de una falange de educadores.

Unas palabras más, y habré concluido: tened presente que vosotros estáis llamados por la Divina Providencia, á ser los celosos guardianes de la niñez y de la juventud; vosotros saldréis de los claustros, á ser los modeladores de la generación que se levanta en Boyacá, de donde habrán de surgir virtuosas esposas y madres cristianas, al par que ciudadanos capaces de dar días de honor y de gloria á nuestra amada patria. Pero para conseguir fin tan laudable, preciso es que al fin de cada año escolar tengáis la satisfacción de poder repetir á vuestros discípulos, imitando las palabras del Divino Maestro: "Ejemplo os he dado, para que, como lo he hecho, así también lo hagáis vosotros."

Tunja, Mayo 20 de 1911